

El Centro de Expresión Teatral: Un espacio para vivir el teatro

Agustín Núñez

"En aquella casona aprendí a sentir, a dar mis primeros pasos en el difícil arte de virir. Allí, en el CET, encontré el espacio vital que tanto necesitaba. En aquel entrañable lugar recuperé a ese ser sensible que durante mucho tiempo estuvo escondido dentro de mí. No sólo fue mi escuela de formación actoral; fue también mi hogar y el nostálgico comienzo de este viaje palpitante por los caminos del teatro." Testimonio de Jaime Flórez Meza, actor y docente colombiano.

Una ciudad como Bogotá sorprende a todo visitante pasajero por sus grandes contrastes. Posiblemente sea una de las ciudades latinoamericanas que más nos revela explícitamente el contraste entre formas arquitectónicas coloniales (que tienen la constante amenaza de ser devoradas por edificios ultramodernos) y zonas residenciales de gente elitista, en contraposición a caseríos extremadamente pobres, situados a pocos metros de las anteriores.

De igual manera, dentro del ámbito cultural vemos eventos, obras o personajes de gran brillo y grandiosidad, apoyados en gran parte por una fuerte maquinaria publicitaria, conviviendo con grupos y espectáculos sobrevivientes de una cultura oficial muchas veces vacía, los cuales están en la búsqueda de fenómenos más consecuentes con su función de trabajadores del arte en el llamado tercer mundo.

El individuo que normalmente habita en la capital colombiana, sabe que dentro de esta gran ciudad existe otra, una ciudad cultural que la mayoría de las veces pasa desapercibida ante los ojos del visitante, justamente porque existe no para serle mostrada sino para ser descubierta y disfrutada por el habitante de la misma. Esa "ciudad desconocida" aloja un palpitante movimiento de interesantes grupos de teatro independiente, entre los cuales tuvo un lugar ganado el CET (Centro de Expresión Teatral).

Su origen

En 1973, durante el Festival Internacional de Teatro de Manizales (Colombia), Francisco Rincón—actor, periodista y funcionario estatal colombiano—conoció al paraguayo Agustín Núñez—arquitecto, actor y director de teatro—, integrante del grupo "Tiempooivillo" de su país. Cuatro años más tarde decidieron crear una escuela de formación teatral, tomando como base sus experiencias y estudios adquiridos en Latinoamérica, para concretarlos en una escuela "como la que ellos siempre habían deseado tener."

Es así como en 1977, lo que antes era un sueño y un proyecto, empezó a tomar cuerpo en una casona de estilo francés, situada en el barrio Palermo, a pocas cuadras de importantes centros universitarios (Universidad Javeriana, Universidad Católica, Universidad Santo Tomás, Universidad Nacional). Esta bella casona llenó el vacío existente en Bogotá, a nivel privado, en la formación teatral. En un comienzo era sólo un gran espacio desnudo, sustentado por el anhelo de hacer teatro. Con el paso del tiempo confluyeron allí profesionales nacionales y extranjeros, vinculados a la enseñanza teatral.

Debido a la carencia de salas de teatro en Bogotá en aquel tiempo, una de las aulas acondicionadas para práctica escénica pasó a funcionar como una mini sala, cuyo encanto llegó a ser el que fuera considerada por muchos como "una de las más pequeñas salas de teatro que habían conocido."

Por sus características propias y por la capacidad de sus profesores, la escuela del CET fue alcanzando una gran acogida hasta el punto de contar con alumnos que provenían de diversos lugares de Colombia y del exterior.

Segunda etapa

En procura de un mayor espacio para sus actividades, el CET se trasladó en 1986 a una de las pocas casonas existentes de la Bogotá de los años 30, en cuyo patio se construyó una sala de teatro con planta libre y capacidad hasta para 220 espectadores. Esto incidió, en cierto modo, en la propuesta de sus obras, ya que en estas nuevas condiciones podían hacerse espectáculos con mayor número de actores y dispositivos escénicos más complejos.

La enseñanza

El CET comenzó funcionando con un programa de formación que comprendía tres años. Sin embargo, la realidad del actor colombiano (grandes lagunas en su formación profesional, poca disponibilidad de tiempo, búsqueda de resultados inmediatos, aprendizaje de la actuación sólo como actividad alternativa)

hizo que al poco tiempo se reestructurara dicho programa. Entonces se empezó a trabajar con un máximo de 15 personas por grupo. Los grupos estaban conformados por alumnos de diferentes edades, profesiones, pensamientos y niveles socioeconómicos.

El sistema de cursos fue modular y cada alumno podía optar por asistir a los módulos que considerara prioritarios para su capacitación. Paralelamente a esta estructura básica, se dictaban cursos y talleres complementarios, surgidos en la mayoría de los casos por necesidades de los alumnos (técnica de la voz, perfil psicológico del personaje, escenografía, danza para actores, maquillaje artístico, historia del teatro y actuación para cámara).

Un aspecto que el CET estimó de principal importancia fue el trabajo con niños y jóvenes, para lo cual destinó un espacio a los talleres de creatividad, enmarcados dentro del pensamiento de la educación por el arte. Los chicos lograban así un primer acercamiento al dibujo, la pintura, la expresión corporal, el teatro, la narración, la escultura y el modelado. El propósito era establecer una comunicación fluida y equilibrada entre el joven y el mundo circundante, mediante las disciplinas artísticas.

De la estructura básica de formación actoral, fueron responsables Francisco Rincón y Agustín Núñez, completando la nómina profesionales de reconocida trayectoria.

Proyección extra-muro

La falta de formadores y directores de teatro en Bogotá determinó que la política educativa del CET no quedara entre cuatro paredes. Por lo tanto, los directores de este centro decidieron extender sus servicios de capacitación y asesoría, a diferentes agrupaciones que abarcaban escuelas, colegios, sindicatos de empresas, barrios, clubes sociales y universidades.

Principales montajes

En el escenario del CET se presentaron 39 obras producidas por la misma entidad, y 23 de grupos invitados. Las propuestas presentadas en ellas estaban orientadas a la búsqueda y experimentación de nuevas formas teatrales. Los montajes más relevantes del CET fueron:

—*El principito*: estenada en 1979. Versión y dirección de Agustín Núñez, basada en la obra de Antoine de Saint-Exupéry. Este trabajo se elaboró tomando elementos del mundo circense y sirvió como presentación de la primera promoción de actores.

—*Dos perdidos en una extraña noche* ("El asalto"): estrenada en 1980. Esta pieza del dramaturgo brasileño José Vicente constituyó una de las obras de mayor repercusión en el panorama teatral colombiano, trascendiendo lo artístico para convertirse en un fenómeno de fuerte impacto social. En vista de la polémica que generó, este montaje recibió amenazas terroristas y aún así llegó a las 350 representaciones.

—*La orgía*: estrenada en 1986. Del reconocido dramaturgo colombiano Enrique Buenaventura, la obra presenta una metáfora del manejo del poder y de las instituciones en Colombia. Su director, Francisco Rincón, exploró nuevas posibilidades en el acondicionamiento del espacio escénico, buscando así integrar al público dentro del espectáculo.

—*Seis personajes en busca de autor*: estrenada en 1981. Juan Francisco Millán, director colombiano graduado en Alemania fue el responsable de un armónico juego teatral tomando como punto de apoyo el inmortal texto de Pirandello.

—*Orquesta de señoritas*: estrenada en 1979. Esta obra menor de Jean Anouilh, producida por el CET y dirigida por Antonio Corrales, posiblemente sea una de las piezas más representadas en Colombia en los últimos diez años.

—*Más allá del infierno*: estrenada en 1987. Recreando la obra *Fortuna y los ojos de los hombres*, del autor canadiense John Herbert, Agustín Núñez presentó de forma descarnada y metafórica el manejo del poder en un sistema inhmano. Como propuesta escénica se utilizaron tres espacios alternativos. El montaje fue merecedor de los siguientes premios: mejor actor (Emilio Rocha), actuación destacada (Jaime Flórez y Oscar Correa) y actor revelación (Rubén Andrade).

—*El diario de Ana Frank*: estrenada en 1988. De Francis Goodrich y Albert Hackett. Sus directores, Agustín Núñez y Francisco Rincón, presentaron este canto a la dignidad humana en un momento de resurgimiento del neonazismo en Colombia.

—*Pedro Páramo*: estrenada en 1988. Primera versión completa de la novela de Juan Rulfo; fue adaptada y dirigida por Agustín Núñez. Después de seis meses intensos de investigación y ensayos, incursionando en el "Realismo mágico," el grupo de actores del CET logró revivir durante dos años en cartelera, el mundo alucinante y fantasmagórico de Rulfo, en un montaje ovacionado por la crítica nacional e internacional. Fue ganador del premio "Colombino de oro" como mejor obra, mejor director y mejor equipo de trabajo.

Ultimo acto

El llamado "septiembre negro" de 1989 (recrudescimiento de la guerra entre el gobierno y el narcotráfico), con sus atentados terroristas en cadena, afectó considerablemente la concurrencia masiva a los establecimientos públicos de Bogotá, especialmente a las salas de teatro y de cine.

El Centro de Expresión Teatral, entidad sin ánimo de lucro generadora de sus propios recursos (mediante cursos y espectáculos teatrales), recibió un golpe muy duro en su economía a causa de la terrible situación social reinante, volviéndose casi imposible su sobrevivencia. Es bueno aclarar que en todos sus años de funcionamiento, el Centro no recibió la mínima ayuda del estado ni de la empresa privada. A todo lo anterior hay que sumar el fallecimiento de Francisco Rincón (Director ejecutivo), ocurrido en marzo de aquel año.

Estos acontecimientos coincidieron con la caída de la dictadura militar del presidente Stroessner en Paraguay, después de 35 años en el poder. Con el ánimo de integrarse entonces al proceso de cambio que empezó a vivir su país, Agustín Núñez decidió volver a Paraguay.

De esta manera, en noviembre de 1989 finalizó sus cursos la última promoción egresada del CET, concluyendo así doce años de labores ininterrumpidas en la capacitación teatral, para más de 2500 personas, muchas de ellas acualmente vinculadas al teatro, la televisión, la asesoría artística y la docencia.

"Con la desaparición del CET, no sólo se perdió una escuela y sala teatral importante; murió una firme alternativa de experimentación y oxigenación del panorama teatral local. Además se perdió esa genuina posibilidad de comunicación entre el actor y el público, dentro de esta inmensa y devoradora ciudad donde cada vez es más difícil el encuentro y la convivencia de sus habitantes." Testimonio de Amparo Pulido, psicoanalista y actriz colombiana.

Bogotá